

Semana Santa: como un personaje más

Un taller para rezar “desde dentro”.

Porque cuando te metes en la escena, descubres que todo esto también va contigo.

Método

Contemplación activa. No leer la historia desde fuera, sino estar dentro de la escena.

Oración introductoria

Señor mío y Dios mío, creo firmemente que estás aquí. Que me ves. Que me oyes. Te adoro con profunda reverencia. Te pido perdón de mis pecados y gracias para hacer con fruto este rato de oración. ¡Madre mía inmaculada, San José mi padre y Señor, Ángel de mi Guarda, ¡interceded por mí!

Oración final

Puedes terminar este rato de oración poniéndote de rodillas y diciéndole al Señor:

Te doy gracias, Dios Mío, por todos los propósitos que me has comunicado en este rato de oración. Te pido ayuda para ponerlos por obra. ¡Madre mía Inmaculada, san José mi padre y Señor, ángel de mi guarda, interceded por mí!

Domingo de Resurrección: la alegría eterna

Después del silencio eterno del sábado, hoy todo estalla. No es una alegría de postureo, de esas que se pasan cuando termina la fiesta, sino una alegría que nace de una noticia que cambia las reglas del juego para siempre: **¡Ha resucitado!** El vacío de la tumba es ahora el espacio más lleno de la historia. Si el Viernes Santo entrábamos en su herida para refugiarnos, hoy esa misma herida es un canal de luz.

Señor, me impresiona que conserves las llagas de la pasión en tu cuerpo resucitado; están ahí para recordarme que el dolor no se olvida, sino que se transforma, que la última palabra no la tiene la muerte, ni el pecado, ni ese error que creías que te iba a marcar de por vida.

Hoy celebramos la causa de nuestra salvación. A veces nos perdemos en explicaciones complicadas, pero la salvación es simplemente esto: que Dios te quiere vivo, y te quiere libre. Jesús ha roto las cerraduras de todos nuestros miedos y ha salido del sepulcro para decirte que ya no hay nada que pueda separarte de Él. Tu *outfit* hoy tiene que ser el de la alegría auténtica, esa que surge al saber que eres amado con un amor que ha vencido al mismísimo infierno.

No es solo un *mood*, es más profundo, es lo que da estilo a toda tu vida. Hijos del Dios resucitado: eso somos. Ya no tienes que vivir como un esclavo de lo que los demás piensen de ti, ni de tus propias inseguridades. Cristo está vivo y, al estar vivo, lo llena todo: tu cuarto, tu universidad, tus relaciones, tus momentos de soledad.

Fíjate en **Juan**, el apóstol joven. Me encanta imaginar su reacción al oír la noticia de las mujeres. Él no se queda esperando a ver qué pasa; él corre. Corre con la fuerza de quien tiene veinte años y el corazón encendido. Juan nos representa a todos los que buscamos algo real: llega al sepulcro primero porque **el amor le da alas**, porque no se conforma con lo que le cuentan.

Y lo más increíble es que, al entrar y ver las vendas por el suelo, el Evangelio dice que **"vio y creyó"**. Juan no necesitó ver a Jesús físicamente en ese instante para saber que la Vida había ganado. Tuvo esa intuición propia de la juventud que sabe reconocer la huella de Dios incluso en el vacío. Juan se identifica contigo porque él también tuvo miedo el viernes, pero el domingo se dejó contagiar por la esperanza más loca. Él nos enseña que la fe no es una teoría, es un impulso que te hace correr hacia la Verdad.

Imagina también por un momento ese encuentro que no narran los Evangelios, pero que el corazón nos dicta: el abrazo entre Jesús y su Madre en la luz de la mañana. **María**, que fue la única que mantuvo la lámpara encendida cuando todos los demás se daban por vencidos, es ahora la primera en recibir el beso de su Hijo Resucitado.

Qué alivio debió sentir el Señor al ver los ojos de su Madre, los únicos que nunca dudaron, los únicos que supieron leer en su cuerpo roto del Viernes la promesa de la gloria. En ese encuentro, Jesús le confirma que todo el sufrimiento ha valido la pena y que ella ya no es solo su madre, sino la madre de una humanidad nueva que acaba de nacer de esa tumba vacía.

Tras este encuentro íntimo, María se convierte en el motor que pone en marcha a los discípulos. Ella, que conoce a su Hijo mejor que nadie, es la que anima a los apóstoles cuando todavía están encerrados por miedo a los judíos.

Me la imagino yendo de uno en uno, con una paz que desarmaba sus remordimientos, diciéndoles: **"No tengáis miedo, Él está vivo, yo lo he visto"**. María no les echa en cara que lo abandonaran; al contrario, los sostiene, los empuja a salir y les ayuda a entender que la misericordia de Jesús es más grande que su traición. Ella, apoyada en el ímpetu renovado de Juan, transforma ese grupo de hombres hundidos en una comunidad que arde en deseos de comerse el mundo.

¿Te das cuenta de la fuerza que tiene esto? La Resurrección es el divino protocolo llevado a su máxima expresión: la victoria total. Jesús no ha vuelto a la vida para quedarse en un libro de historia, sino para caminar a tu lado en la calle. Nuestra salvación es que Tú, Señor, has ganado la partida por nosotros, y que ahora tu vida corre por nuestras venas. Hoy es el día de sacudirse el polvo del camino y dejar de vivir con cara de derrota.

Pídele a María y al joven Juan que te contagien esa seguridad que ellos tenían, que te enseñen a ser un motor de esperanza para los que te rodean y a vivir siempre con la certeza de que, porque Él vive, tú también vivirás para siempre. ¡Aleluya!